La conmemoración nacionalista *desde abajo.* Historia Social de los festejos de Independencia en la ciudad de México, 1920-1940*

Omar Fabian Gonzáles Salinas
Escuela Nacional de Antropología e Historia

Resumen:
Este artículo estudia las conmemoraciones de Independencia en la Ciudad de México entre 1920 y 1940, con el objetivo de analizar el desorden público, los intentos oficiales por disciplinar el festejo y las prácticas de resistencia social ocurridas durante la celebración, por parte de individuos que ignoraban o intentaban burlar las normas de orden. Se parte de un enfoque que entiende las celebraciones cívicas como arenas de lucha donde los valores patrióticos e ideales de comportamiento son susceptibles de ser contravenidos por resistencias sociales y formas festivas populares que se rehúsan a ser disciplinadas por las élites.

Palabras clave:
cconmemoración de Independencia, desorden público, fuerzas del orden, resistencias sociales

*Artículo recibido 30/01/2025
Artículo aceptado 25/11/2025

En México —como en otros países americanos — la celebración de Independencia es el ritual conmemorativo de mayor importancia. La noche del 15 de septiembre, en las plazas centrales de las ciudades mexicanas tiene lugar el festejo del Grito, que es como se conoce a esta conmemoración encabezada por el gobernante de cada localidad frente a la población reunida. La celebración rememora el llamado a las armas que dirigió Miguel Hidalgo en 1810.

Entre los últimos estudios que se han ocupado de esta conmemoración destacan aquellos interesados en las formas en que la gente *de a pie* reacciona a este festejo. Rodrigo Moreno Elizondo (2015) analiza tanto el desorden, violencia y algarabía que caracterizaba a estos festejos en la capital del país durante el Porfiriato, así como la manera en que el régimen intentó disciplinar la celebración. Por su parte, Natividad Gutiérrez Chong (2015) y Sebastián Vargas Álvarez (2018), en sus respectivas investigaciones sobre la conmemoración del Bicentenario (2010), abordan cómo algunos sectores sociales se apropiaron del festejo para externar críticas al Estado y a su proyecto de nación. Desde el enfoque local, Jorge Uzeta (2006) da cuenta de cómo grupos regionales confrontados se han apropiado y resignificado el festejo de Independencia y el culto a Hidalgo para defender intereses encontrados.

Con apego a esta historiografía y siguiendo el modelo de estudio propuesto por el libro El nacimiento de la tragedia. Criminalidad, desorden público y protesta popular en las fiestas de Independencia. Ciudad de México, 1887-1900, del mencionado Moreno Elizondo (2015), este artículo presenta un análisis desde abajo de las celebraciones de Independencia en la Ciudad de México, en el periodo de 1920-1940, con el objetivo de estudiar el desorden público, los intentos por disciplinar el festejo y las resistencias sociales ocurridas durante la conmemoración. Se ahonda en las expresiones festivas de carácter popular que incluyeron comportamientos calificados como reprobables y contrarios a los ideales de orden que los gobiernos intentaban imponer. Asimismo, se analiza el despliegue de fuerzas policiales encargadas de la disciplina durante la celebración, y las formas en que la población lidió con ellas en su cometido de burlar las normas de control.

La investigación comprende un periodo en que se estaba conformando el Estado revolucionario y se ponía en marcha el llamado "proyecto cultural" de la Revolución mexicana, que consistió en instruir a la sociedad para crear un *hombre nuevo* sin vicios y regido por valores de trabajo, patriotismo, laicismo, higiene y con una mentalidad revolucionaria; objetivos para los cuales el Estado empleó diversos mecanismos, entre ellos, las fiestas cívicas (Knight, 1994). Frente a dicho panorama, este artículo parte de una hipótesis general que plantea que si contrastamos el uso de dichas fiestas con las formas en que reaccionó la población, obtenemos una imagen más clara de cómo se desarrollaron las interacciones entre gobierno y sociedad durante la formación del Estado revolucionario.

Esta propuesta de estudio se apoya de dos referentes teórico-metodológicos. El primero es el "posrevisionismo" de la Revolución mexicana, que sostiene que la

formación del Estado revolucionario no fue una imposición de parte de las clases gobernantes, sino el resultado de procesos de negociación y resistencia entre grupos dominantes y la cultura popular (Knight, 1994). Esta perspectiva señala que los rituales cívicos son susceptibles de convertirse en arenas de negociación y disputa donde el público acepta, moldea, reforma o impugna la autoridad y simbología nacional (Beezley et al., 1994, pp. viii–xxxii; French, 1999, p. 255; Lacy, 2011, p. 200). El segundo referente son los últimos estudios sobre nacionalismos que sugieren que la población no es un receptáculo pasivo que interioriza la mitología nacionalista venida desde el Estado, ya que fuera de las élites hay ocasiones en que la población rechaza los símbolos nacionales oficiales o se apropia de ellos para defender distintas identidades y agendas políticas (Kolstø, 2006; Kong & Yeoh, 1997; Van Ginderachter, 2009a, 2009b). Asimismo, se ha argumentado la existencia de nacionalismos populares alternos a los defendidos por los Estados (Whitmeyer, 2002). Estos estudios han cristalizado en la teoría del everyday nationhood que ha dado un giro a las investigaciones de nation building al plantear que la sociedad civil debe ser analizada como productora —y no sólo consumidora— de idearios y prácticas nacionalistas.[1]

Según este enfoque, al estudiar una conmemoración desde abajo nos percatamos de que la población no siempre participa en ella ni la entiende de la forma en que lo dicta el Estado, ya que estos rituales pueden despertar desde apatía hasta rechazos y disputas.[2] Fueron estas coordenadas teóricas las que llevaron a que esta investigación estudiara las conmemoraciones transitando entre la historia cultural y la historia social.

En cuanto a las fuentes empleadas, la investigación enfrentó un problema principal a la hora de estudiar los nacionalismos desde abajo: la escasez de testimonios producidos por los sujetos estudiados.[3] No fue posible ubicar documentación en el Archivo histórico de la Ciudad de México ya que sus registros llegan hasta 1921. En los acervos judiciales del Archivo General de la Nación tampoco se localizaron materiales útiles para este estudio. Ante esta dificultad, se recurrió a la prensa, en cuyas páginas se encontraron notas con partes policiales sobre las riñas, robos y desorden público en general, suscitados durante la noche del Grito. También se localizó información sobre las restricciones y operativos policiales desplegados para disciplinar la conmemoración. No se pasó por alto que la prensa es una fuente mediada por intereses particulares o de grupo

[1] Esta perspectiva se inspira en la advertencia de Eric Hobsbawm acerca de no dar por sentado que la población en general comparte las mismas ideas sobre nación e identidad nacional que difunden las élites. Asimismo, retoma la teoría de "Nacionalismo banal" de Michael Billig y su llamado a estudiar el nacionalismo en contextos cotidianos. Véase Hobsbawm, 2013, pp. 19-20; Billig, 2014; Fox y Miller-Idriss, 2008, pp. 546-547.

[2] Anthony D. Smith, teórico de los nacionalismos, aceptó lo fructífero que es estudiar una conmemoración contrastando la visión "desde arriba" (centrada en las elites) y "desde abajo" (centrada en la población "de a pie"). Véase Smith (2014).

[3] Sobre los obstáculos que engloba desarrollar este enfoque, véase Van Ginderachter, (2009b. pp. 56-58).

y demás subjetividades, por ello la información recabada tuvo que ser separada de los prejuicios que estos periódicos difundían en contra del comportamiento festivo de las clases bajas. Sirva aclarar que este estudio no niega que seguramente existieron personas que alinearon su conducta y fervor patriótico conforme lo establecido por el gobierno, solo que en estas páginas se recogieron las experiencias de aquellos que tuvieron un comportamiento que se salía de la norma oficial, ya que estos casos ayudan a entender los procesos de construcción del Estado-nación sin cometer el error de pensar que la población únicamente reproduce de manera acrítica lo que dictan los gobernantes.

Conmemoración, legitimidad política y difusión de valores cívicos

Visto desde los intereses del Estado, el festejo de Independencia es un ritual teatralizado donde se conjuga memoria, poder e identidad. En él se evoca el pasado, se fortalece el sentido de pertenencia, se refuerza el culto al gobernante en turno y se espera que los asistentes expresen su lealtad al gobierno e interioricen valores cívicos (Hobsbawm, 2012; Scott, 2000, pp. 42, 71–76, 81–92). Desentrañar estos elementos en las celebraciones aquí estudiadas implicó considerarlas como "textos" que al ser interrogados sobre quiénes celebran, cómo, dónde, cuándo y para qué lo hacen (Pérez Vejo, 2010; Tenorio Trillo, 2009, pp. 23–24, 43), revelan las formas en que los gobernantes emplearon dicha fiesta como soporte de legitimidad y medio difusor de los valores del hombre nuevo que en dicho periodo se intentaba formar entre los mexicanos.

En 1921, el presidente Álvaro Obregón aprovechó el Centenario de la consumación de Independencia para difundir la imagen de que finalmente había un gobernante que ponía fin a la guerra revolucionaria y aseguraba la estabilidad económica. La celebración contó con actividades de carácter popular que debían contrastar con el elitismo que caracterizó al Centenario de 1910 y así demostrar que el gobierno obregonista estaba de lado de los grupos sociales más desprotegidos. Con este propósito se elogió a héroes como Vicente Guerrero, "a los que [se] podía asociar un discurso social y cuyo origen mestizo, cuando no indígena, [se] podía subrayar" (Lempérière, 1995, p. 346; véase también Lacy, 2011, pp. 199–232).

A contracorriente de la celebración oficial, la "vieja élite" aprovechó el Centenario para honrar su "herencia" hispánica, venerar el pasado hispánico y exaltar a figuras como Agustín de Iturbide y Hernán Cortés (Lacy, 2011, p. 214). Esto constituye un ejemplo de cómo una conmemoración no es una maquinaria homogénea que construye nación; por el contrario, entre los organizadores, patrocinadores y élites suele haber distintas ideas sobre el significado y uso de la memoria que debe ser evocada (Fox, 2008, pp. 39–40). Años después, en 1925, los restos de los próceres de la Independencia fueron trasladados de la catedral metropolitana a las criptas de la Columna de Independencia. Era la presidencia de Plutarco Elías Calles y soplaban

vientos de anticlericalismo y roces con la Iglesia católica, lo cual explica por qué en dicha ceremonia Calles evitó asistir a la catedral, cosa que Obregón sí hizo en 1921 para homenajear a los héroes. El Jefe Máximo, en cambio, prefirió acudir directamente a la Columna y declaró que los restos de Agustín de Iturbide no serían trasladados, pues había decidido dejarlo "entre los de su clase, a donde pertenece" (Martínez Assad, 2005, p. 117). La ceremonia sirvió, entre otras cosas, para arrancarle a la Iglesia símbolos patrios y llevarlos a recintos laicos y de culto exclusivamente cívico, reforzando así el laicismo férreamente defendido por el gobierno callista (González Salinas, 2015, pp. 174–175).

Los festejos del Grito también sirvieron para justificar las políticas más representativas del sexenio cardenista. En el caso del reparto agrario, en un discurso frente a la Columna de Independencia, Amalia González Caballero Ledón, quien era parte de la Dirección General de Acción Cívica, señaló que "sería antipatriótico e injusto hablar de agrarismo sin recordar a Hidalgo". En otro festejo, el propio Cárdenas mencionó que el programa agrario de Hidalgo conformaba "el nervio de la epopeya" tanto de la Revolución mexicana, como de su presidencia. Una vez nacionalizada la industria petrolera en 1938, el festejo septembrino sirvió para argumentar que la expropiación representaba la "Independencia económica" que complementaba la "Independencia política" de 1810 (González Salinas, 2015, pp. 176–180).

A través de estas celebraciones se promovieron las rutinas propias del Estado-nación que buscaba regular la vida de la población. Por ejemplo, ante el escaso uso que las personas daban al Registro civil, la celebración del Centenario de 1921 contempló que el 14 de septiembre tuviera lugar el "Día del Registro civil", que prometió que todos los padres que acudieran a registrar a sus recién nacidos serían premiados con la condonación del trámite y un diploma firmado por el presidente de la república ("Centenares de niños presentados ayer en las oficinas del registro civil de México", 1921, p. 1; "Fiestas del Centenario. Miércoles 14", 1921, p. 6).

Los festejos también inculcaron valores de higiene y deporte, mismos que estaban en boga entre las ideas eugenésicas internacionales, y que las clases altas mexicanas consideraban elementos indispensables para "regenerar" a la sociedad y formar cuerpos sanos que reflejaran el bienestar de la nación (Aréchiga Córdoba, 2005, pp. 117–143; Chávez González, 2009, pp. 43-58).[4] El Centenario de 1921 contó con la "semana del niño", iniciativa que incluyó actividades dirigidas a la infancia y a sus padres para enseñarles tanto valores cívicos, como de salud y aseo personal. Asimismo, desde el día 10, en cada una de las ocho demarcaciones de policía de la Ciudad de México, el gobierno regaló ropa y comida a las clases menesterosas con la condición de que aceptaran lavar sus prendas viejas y bañarse

[4]El deporte también fue adaptado en otras conmemoraciones y actos cívicos. El caso más representativo lo constituye la conmemoración de la Revolución mexicana, que en este mismo periodo institucionalizó su festejo mediante desfiles deportivos. Al respecto, véase Lorey (2011, pp. 233–248).

antes de vestir las nuevas ("Continúa el reparto de ropa a los menesterosos", 1921, p. 12; "Distribuyese ropas y comidas a los pobres de esta capital", 1921, p. 1; "El reparto de ropa a los pobres", 1921, p. 6; "El reparto de ropa y alimentos siguió ayer en todos los puestos de policía", 1921, p. 1; "Fiestas del Centenario. Domingo 11", 1921, p. 3; "Grandes fiestas deportivas para los 15 y 16", 1936, p. 3; "Los deportistas conmemorarán las fiestas patrias", 1939, p. 14; "Los juegos atléticos de ayer en el parque deportivo Unión", 1921, p. 8). En los años siguientes, las competencias y eventos deportivos se volvieron parte habitual de las celebraciones patrias. Los valores de orden y lealtad fueron asimismo promovidos desde la estructura de la conmemoración, toda vez que la ceremonia abonaba al culto al gobernante, quien además de dirigir la celebración se convertía en centro de atención del festejo mismo; sus palabras y ondeo del lábaro patrio debían ser coreados y vitoreados por los asistentes. El desfile militar del día siguiente era muestra de orden y disciplina y ponía énfasis en la lealtad al gobernante.

Desorden público durante los festejos de Independencia

En 1922, una nota periodística describió así la fiesta del Grito:

> [en] la antigua plaza de Armas, que en esos momentos presentaba un aspecto grandioso llena de luz, de gritos, de música y quizá también de corazones que en momento de tan grata recordación, se sienten palpitar de amor a la Patria […] todos los ojos miran hacia el balcón principal del antiguo Palacio de los Virreyes, […] el murmullo crece por momentos, […] como el lejano oleaje del mar agitado por una tempestad […] El presidente hace tremolar el lienzo de Iturbide sobre las multitudes y lanza […] sus vivas a la Independencia, a sus héroes y a México, vivas que millares de voces contestaron, elevándose aquellos gritos de júbilo como un potente clamor […]
> ("El tradicional grito congregó a enorme y entusiasta multitud", 1922, p. 1)

Sin duda, todo gobernante desearía que así fuera la actitud tomada por la población en cada celebración de Independencia. Sin embargo, estas notas no deben ser creídas a pie juntillas, ya que la realidad era muy distinta y es fácil saberlo porque dos o tres días más tarde la misma prensa publicaba otro tipo de información que mostraba que durante la celebración algunos pobladores incurrían en comportamientos de "desorden público".

Se trataba de una situación existente al menos desde el Porfiriato, cuando los intentos por disciplinar los festejos patrios sucumbían ante pobladores que acudían al Grito para echar disparos al aire, delinquir entre la multitud, divertirse al calor de las copas y hasta enrolarse en alguna riña (Moreno Elizondo, 2015).

Al comienzo de la década de 1920, las cosas poco habían cambiado. Se contaban por docenas las personas que asistían armadas al Grito para lanzar tiros al aire en muestra de júbilo.

Esto provocaba muertes y heridos por balas perdidas, o incluso por disparos apuntados directamente a individuos en específico. A estos actos de violencia se sumaban ataques con armas blancas. Los asaltos también fueron una constante en las inmediaciones del Zócalo, así como los robos a casa-habitación mientras sus ocupantes se encontraban en la celebración. También era común que entre la multitud reunida en el Zócalo se propinaran empujones y golpes, además de repentinos movimientos en masa que causaban la caída de individuos que terminaban heridos por pisotones ("Con motivo de las fiestas los rateros se aprovechan", 1921, p. 1; "El tradicional grito congregó a enorme y entusiasta multitud", 1922, p. 1; "Los disparos hechos la noche del grito causaron desgracias", 1921, pp. 1, 6; "Los mil y un robos de ayer", 1921, p. 2; "Saldo sangriento arrojó el 'Grito'", 1923, p. 1; "Todo México celebró anoche el 'Grito' de Dolores", 1921, pp. 1, 3; "3 muertos y 18 heridos", 1922, p. 1; "Un payo asaltado", 1921).

La escasa presencia policial no alcanzaba para contener estos comportamientos. Así lo consignó la prensa en 1921, cuando señaló que los pocos policías que vigilaban el festejo del Centenario no pudieron "impedir las riñas, los asaltos y algunos otros atentados" ("Los disparos hechos la noche del grito causaron desgracias", 1921, pp. 1, 6). Los diarios también denunciaron con humor estas situaciones. Las caricaturas en periódicos se mofaron de las aglomeraciones, las caídas y golpes en el Zócalo; lo mismo que de la ineficaz intervención policial (El pueblo en las fiestas, 1921; [Caricatura de dos hombres conversando], 1923).[5] Una nota caricaturizada retrataba así la noche el festejo: "se avientan balazos al aire, se mata uno con cualquiera, amanece tirado en la calle y ni quien lo recoja […] ¡Por eso me gusta la capital, porque allí sí hay libertad de todo!" ("La vida en broma. Las fiestas patrias", 1923).

Para explicar estos comportamientos resultan útiles los planteamientos de James C. Scott, quien sostiene que aunque los grupos subalternos se encuentren bajo una enérgica relación de dominación, no se limitan únicamente a interiorizar y reproducir los valores y prácticas que los grupos dominantes intentan imponerles. En lugar de ello, suelen desarrollar estrategias para resistir estas imposiciones y contravenir a sus dominadores (Scott, 1985, 2000). Derivado de esto, podemos interpretar que el desfase entre el comportamiento idealizado para el festejo de Independencia y el que ocurría en la práctica se debía a resistencias de parte de individuos con agencia propia quienes rechazaban la pedagogía cívica oficial y preferían celebrar con sus particulares formas de diversión, aunque éstas no necesariamente se alineaban a las esperadas por el gobierno. Aunado a esto, dado que los ataques violentos, los robos y los disparos al aire se cometían

[5]Ambas caricaturas se localizaron en la página editorial de Excélsior.

al amparo del anonimato que otorgaba la multitud congregada en el festejo[6], ello indica que a pesar de los valores de "buen comportamiento" implicados en la conmemoración, ésta fue "apropiada" por parte de pobladores que la convirtieron en espacio y momento idóneo para romper con el orden, cometer acciones "reprobables" y burlar las leyes gozando de la mínima posibilidad de sufrir consecuencias legales.

Intervención policial y prohibiciones para disciplinar el festejo

Si bien desde el Porfiriato se dispuso de presencia policial para vigilar las fiestas septembrinas, Moreno Elizondo apunta que la policía actuaba de manera ineficaz y tolerante, y que el gobierno "jamás manifestó una postura dura" hacia estos comportamientos (2015, pp. 123, 220, 236). El año de 1923, sin embargo, marcó un punto de inflexión, pues en adelante se implementaron importantes movilizaciones policiales para poner fin a las conductas de desorden público cometidas durante el Grito.[7]

¿Por qué fue hasta dicho año que la policia de la Ciudad de México prestó mayor atención a disciplinar el festejo? Posiblemente la respuesta se encuentre en la confianza que en ese periodo se obtuvo gracias al constante aumento en el número de efectivos en los cuerpos policiales.[8] Sea como fuere, a partir de dicho año en las calles que desembocaban al Zócalo se dispusieron filtros de seguridad para evitar que las personas ingresaran armadas a la celebración. En caso de que alguien burlara dicha medida, en la plaza habría policía montada para detener a todo aquel que hiciera detonaciones de arma de fuego o arrojara botellas. Los límites del centro de la ciudad serían vigilados por destacamentos policiales. Finalmente, para evitar desmanes en los momentos posteriores al Grito, se ordenó un patrullaje de autos policiales ("El desfile militar del 16 será nota brillante", 1923).

Estas medidas continuaron vigentes durante todo el periodo aquí estudiado, aunque con algunos cambios. En 1925, la Inspección General de Policía añadió "un activo servicio de vigilancia" apoyado por Gendarmería montada y elementos de las Comisiones de Seguridad. Asimismo, se dispuso el patrullaje de la ciudad a cargo de 64 motocicletas con *side-car* y policías de a pie ("No hubo un solo muerto durante la famosa noche del 'Grito' en México", 1925, p. 8). En 1927, se prohibió portar cualquier tipo de arma durante el festejo, incluso si se contaba con permiso para ello —a excepción de militares uniformados y acreditados—.

[6]Sobre el uso del anonimato de las multitudes para expresar el rechazo a los órdenes establecidos, véase Scott (2000, pp. 39, 183, 214).

[7]Por esta razón los casos de desorden y violencia mencionados en el apartado anterior fueron tomados de fuentes que abarcan hasta 1922.

[8]Sobre el creciente número de efectivos policiales, véase Pulido Esteva (2017, pp. 180–188).

Tres años después, se advirtió que quien fuera sorprendido con un arma de fuego sería sancionado con 30 días de arresto ("Disposiciones policiales en pro del orden", 1927, p. 1; "Enérgicas medidas para evitar haya escándalos", 1930, pp. 1–2).

Otra iniciativa disciplinaria fue la limitación en el comercio de alcohol durante los festejos patrios. Al principio se ordenó el cierre de cantinas y pulquerías, mientras que otros establecimientos pudieron vender bebidas embriagantes únicamente en botella cerrada y no por copas ("3 muertos y 18 heridos", Excélsior, 17 de septiembre de 1922, p. 1; "No hubo un solo muerto durante la famosa noche del 'Grito' en México", Excélsior, 17 de septiembre de 1925, p. 8.). A los restaurantes se les permitió vender cerveza siempre y cuando fuera como acompañante de alimentos. Las restricciones se agudizaron con el inicio de las campañas antialcohólicas en 1929, lo que desembocó en la prohibición absoluta de bebidas embriagantes durante las celebraciones ("Con sano entusiasmo se celebraron los días patrios en las delegaciones", 1929, p. 5; "Disposiciones policiales en pro del orden", 1927, p. 1; "Enérgicas medidas para evitar haya escándalos", 1930, pp. 1–2; véase también Pulido Esteva, 2014, pp. 126–138).

Valga señalar que detrás de estas restricciones operaban los prejuicios y estigmas que las elites tenían sobre la embriaguez entre las clases populares, considerada como una práctica degradante física y moral (Aréchiga Córdoba, 2005, p. 128). [9]

Ello explicaría porqué las mencionadas prohibiciones en un inicio únicamente tocaron a cantinas y pulquerías, las cuales eran espacios de embriaguez de clases populares. Estos estigmas eran respaldados por periódicos que representaban los anhelos de las clases medias y altas por distanciarse de las conductas del pueblo bajo. El Excélsior, un diario de posturas elitistas y cuyos dirigentes llegaron a declarar que se trataba de un impreso "conservador moderado" de intenciones moralizantes (Burkholder, 2016, p. 52), fue uno de los principales medios encargados de estigmatizar el consumo de alcohol durante las fiestas patrias. Sus notas, además de hablar del "poco edificante espectáculo" de los ebrios ("3 muertos y 18 heridos", 1922, p. 1), constantemente subrayaban que en las noches del Grito los embriagados de alcohol y pulque se dedicaban a delinquir y agredir, pues, a decir de una de sus notas, "los borrachines sólo conciben los festejos patrióticos hiriendo a mansalva a pacíficos paseantes" ("50 heridos graves y cuatro muertos la noche del día 15", 1924, pp. 1, 4; "No hubo un solo muerto durante la famosa noche del 'Grito' en México", 1925, p. 8; "Saldo sangriento arrojó el 'Grito'", 1923, pp. 1, 6). Sobre antecedentes de la estigmatización que la prensa sensacionalista hacía del alcohol, véanse Moreno Elizondo

[9]Acerca de los prejuicios que las elites tenían sobre el alcoholismo a inicios del siglo XX, véase Pulido Esteva (2014, pp. 109–138).

(20-15, pp. 205–222) y Pulido Esteva (2014, pp. 113–115). Cabe aclarar que se trataba de un estigma que no tomaba en cuenta que en la noche del Grito no todos los que bebían cometían delitos, ni tampoco todos los que delinquían se encontraban en estado de ebriedad.

No debemos pasar por alto que la implementación de estas medidas de vigilancia y disciplina son indicios de la poca eficacia que tenía el festejo de Independencia como diseminador de valores cívicos y ritual nacionalista que intentaba justificar un orden social y político. Esto obliga a ponderar el éxito del nacionalismo como forma de instrucción ciudadana. Al parecer, el nacionalismo también necesita —al menos en algunos casos como el aquí abordado— del aparato represor del Estado para allanar la transmisión de sus mensajes.

Las resistencias sociales y las formas populares de celebración que se rehusaron a desaparecer

A pesar del incremento en la vigilancia policial y las restricciones, muchos individuos rehusaron acatar estas normas y optaron por mantener sus particulares formas de festejar a sabiendas de que esto significaba violar las reglamentaciones gubernamentales. En 1928, por ejemplo, pese a las medidas antialcohólicas, en una pulquería se registró el asesinato de un hombre después de que éste se negara a lanzar un grito de "¿Viva México!", tal como sus atacantes se lo habían exigido ("Los accidentes registrados la noche del 15", 1928, pp. 1, 5).

En años siguientes, se reportaron casos similares en que desconocidos agredían a personas por rehusarse a lanzar vivas al país, a la Independencia o los héroes patrios.

Ahora bien, si como apunta Eric Hobsbawm (2013, pp. 19–20) y la teoría del *everyday nationhood*, lo que el Estado dicta en términos de nación e identidad nacional no siempre es lo mismo que la población piensa sobre esos mismos conceptos (Fox & Miller-Idriss, 2008); entonces, estos casos revelan la existencia de *patriotismos populares* que se expresaban con actos de diversión al calor de las copas y con arranques de violencia basados en su desenfrenada y chovinista defensa de los símbolos patrios. Sin embargo, debemos ser cuidadosos en no pensar que estos patriotismos populares significan que las naciones se construyen *de abajo hacia arriba*. Tal como se mencionó en la introducción, de lo que se trata es de reconocer que existen múltiples maneras en que la sociedad se apropia, modifica y amolda la simbología nacionalista promovida por el Estado. Por otra parte, pese a la presencia policial, y contrario a los desfiles conmemorativos que funcionaban como representación del orden, durante la noche del Grito en el Zócalo se siguieron registrando estampidas humanas que dejaban saldos de personas pisoteadas y asfixiadas. Individuos aprovechaban aquel desconcierto para dar empujones y cometer conductas que no podrían hacerse sin el anonimato que representaba el gentío reunido en el festejo ("Con sano entusiasmo se celebraron los días

patrios en las delegaciones", 1929, p. 5; "Fue menor que otros años el saldo de delincuencia en la noche del 15 en esta ciudad", 1927, pp. 10, 12; "Los accidentes registrados la noche del 15", 1928, p. 1; "No hubo delitos en la celebración del grito", 1932, pp. 1, 8; "Recolección de pistolas", 1931, pp. 1, 8).

Existieron también comportamientos festivos y violentos mediados por valores de género. Fue el caso de un varón que forcejeó con una desconocida para obligarla a ir con él a presenciar el Grito. El individuo se decía ser "muy hombre" y tras la negativa de la susodicha para acompañarlo, le clavó un puñal en el vientre. En otra ocasión, un individuo golpeó a su mujer tras enterarse de que ésta había acompañado a dos amigos a un baile para celebrar el 15 de septiembre ("50 heridos graves y cuatro muertos la noche del día 15", 1924, pp. 1, 4; "Los accidentes registrados la noche del 15", 1928, p. 1). Estos casos sucedieron en un periodo en que el nacionalismo revolucionario entrelazaba género, poder y patriotismo mediante el enaltecimiento de la virilidad como valor digno de admirar y a través de conmemoraciones que reforzaban el culto al machismo (Díaz Arciniega, 2010; O'malley, 1986, pp. 133–145). En dicho contexto era común que se cosificara a la mujer y se le subordinara al hombre. Por tanto, al no acatar el deseo de éste, el varón creía que su honor quedaba herido y que el daño sólo podía resarcirse castigando y violentando a la mujer, incluso hasta la muerte. No deja de llamar la atención que paradójicamente este ejercicio de violencia y poder, en realidad escondía una masculinidad frágil que se sentía menguada por celos o por simple rechazo a una invitación.

Por otra parte, las prohibiciones para portar armas de fuego en el Grito tampoco surtieron el efecto esperado. Fue hasta 1937 cuando se comenzó a registrar una disminución considerable en el número de disparos que se lanzaban al aire ("Tragedia al despedirse dos jóvenes. Ardor patriótico y exceso de copas", 1937, pp. 1, 7). La violencia no mermaba debido, en parte, a que ante la prohibición muchos individuos cambiaron las armas de fuego por armas blancas, lo que derivó en un aumento de heridos por ataques de puñaladas.

De igual manera, los ladrones continuaron convirtiendo la noche del Grito en oportunidad para asaltar a los asistentes al Zócalo, a transeúntes en calles aledañas o para robar en casas ("50 heridos graves y cuatro muertos la noche del día 15", 1924, pp. 1, 4; "Con sano entusiasmo se celebraron los días patrios en las delegaciones", 1929, p. 5; "Fue menor que otros años el saldo de delincuencia en la noche del 15 en esta ciudad", 1927, pp. 10, 12; "No hubo un solo muerto durante la famosa noche del 'Grito' en México", 1925, p. 8; "Pasaron de sesenta los robos habidos el 15 y el 16", 1935, pp. 1, 6; "Sin embargo, hubo atracos en abundancia", 1939, pp. 1, 3). En ocasiones algunos de los cacos fueron arrestados, sin embargo, más allá del éxito o fracaso de los ladrones, los intentos por delinquir revelan lo latente que seguía la intención por aprovechar el festejo patrio como momento propicio para delinquir. Durante la segunda mitad de la década de 1930, estos comportamientos comenzaron a disminuir en la ceremonia del Zócalo, aunque no desaparecieron por completo de la ciudad, pues

las fuentes señalan que en vecindades y periferias donde la vigilancia era menor, se siguió celebrando la Independencia con bebidas alcohólicas, lanzando tiros al aire y con ánimos desbocados que terminaban en riñas ("Tragedia al despedirse dos jóvenes. Ardor patriótico y exceso de copas", 1937, pp. 1, 7).

Todo lo anterior indica que la celebración de Independencia puede verse como un "texto" que también contiene información sobre otros tipos de patriotismo que no necesariamente encajan en el discurso oficial sobre identidad nacional. Asimismo, resguarda información sobre resistencias sociales y sobre aquellos que intentan apropiarse y subvertir el festejo para emplearlo como espacio donde expresar su "discurso oculto" de afrenta y rechazo a los comportamientos que se les quiere imponer "desde arriba".[10] Vale la pena destacar que en dos ocasiones estas resistencias se revelaron de manera frontal contra representantes del orden. Primero, en 1924 un agente fue apuñalado por un desconocido.

Después, en 1940, aproximadamente 200 jóvenes que se encontraban armando "escándalo" frente a Palacio Nacional, se confrontaron con los uniformados que acudieron a dispersarlos ("50 heridos graves y cuatro muertos la noche del día 15", 1924, pp. 1, 4; "Escándalos a la hora del 'grito'", 1940, p. 1). En ambas situaciones, los uniformados fueron víctimas de agresiones que ya no solo mostraban un desacato a las normas, sino un ataque dirigido contra los encargados directos de mantener el orden durante la celebración.

Las fuerzas del orden también hicieron desorden

De manera paradójica, el comportamiento de algunos elementos de las fuerzas del orden fue contrario a los intentos gubernamentales por disciplinar a la población. Por ejemplo, durante el festejo de 1925 una mujer resultó herida a causa de un disparo propinado por un soldado en estado de ebriedad ("No hubo un solo muerto durante la famosa noche del 'Grito' en México", 1925, p. 8). Caso similar ocurrió en la noche del Grito de 1936, cuando un militar en guardia en el bosque de Chapultepec disparó contra los tripulantes de un automóvil, pues creyó que éstos desobedecían sus órdenes de no ingresar al bosque. Como consecuencia, una mujer murió al ser impactada por una bala. Tras lo sucedido, el jefe de vigilancia ordenó al soldado en cuestión que se presentara en su cuartel en calidad de detenido; mandato que desobedeció, por lo que la policía emprendió su búsqueda ("En Chapultepec fue muerta a tiros por un soldado la señorita Cedillo y Velasco",1936, pp. 1, 12).

[10]El "discurso oculto" es una categoría propuesta por James Scott para referirse a los actos y lenguaje que los dominados despliegan cuando no son vistos o escuchados por sus dominadores. Es allí donde revelan sus rechazos al orden establecido y dejan en claro que cuando están frente a las clases dominantes recurren a un "discurso público" definido como las palabras, actos y gestos que componen una "máscara" con la que fingen lealtad, sumisión e interiorización de las normas de dominación que sobre ellos se buscan imponer. Scott (2000, pp. 38, 43, 50, 53).

Tres años antes, cadetes militares protagonizaron un acto de desorden, cuando uno de ellos, estando frente a un local comercial, decidió escalar la cortina del negocio hasta apoderarse de una bandera que adornaba la fachada del mismo. El robo fue aplaudido por sus compañeros, quienes casi enseguida comenzaron una pelea con otro grupo de jóvenes ("Ningún saldo trágico tuvo en esta ocasión la noche del 'grito'", 1933, p. 9). Otra trifulca se registró durante el festejo de 1928, cuando cinco policías, entre ellos un Mayor, iniciaron una pelea en un estanquillo de venta de alcohol. La única víctima que resultó herida declaró que, aunque era ajeno al origen del pleito, terminó recibiendo golpes y amenazas de muerte de parte de los agentes ("Los accidentes registrados la noche del 15", 1928, pp. 1, 5).

Si bien este tipo de situaciones fueron escasas, no es, en todo caso, mi intención contabilizarlas, sino apoyarme en ellas para poner de relieve las fisuras al interior de las fuerzas del orden, cuyo actuar no responde al de un cuerpo coherente entre sus deberes y su práctica cotidiana. En ocasiones, en lugar de representar el ideal de comportamiento, terminan por convertirse en los protagonistas de aquellas actitudes que deben erradicar.

La corrupción también fue un problema presente. En 1921, una denuncia ciudadana en un diario alertó que en algunas comisarías de policía los agentes estaban vendiendo los boletos que debían obsequiar gratuitamente a las personas de escasos recursos para que los intercambiaran por la ropa y comida que el gobierno estaba regalando como parte del festejo del Centenario ("Se vendieron los boletos para el reparto de ropa", 1921, p. 7).

Otro caso de posible corrupción sucedió en 1930, cuando en las inmediaciones del Zócalo ocurrió una explosión originada por vendedores de pirotecnia, quienes cargaban con dos canastas de cohetes ("4 muertos y varios heridos la noche del 15", 1930, pp. 1, 6). Si tenemos presente que estaba prohibido comerciar con este tipo de artefactos durante las fiestas patrias ("Disposiciones policiales en pro del orden", 1927, p. 1; "Enérgicas medidas para evitar haya escándalos", 1930, pp. 1–2), es factible pensar que mediante sobornos los vendedores llegaron a un acuerdo con los policías vigilantes, lo que explicaría por qué ofrecían estas mercancías a vista de todos y a tan corta distancia del Zócalo. De ser cierta esta hipótesis, estaríamos ante un caso donde la sociedad negociaba con las policías para evadir las restricciones —algo que no era en absoluto raro en un periodo en que la corrupción era una práctica común entre policías— (Pulido Esteva, 2015). Este caso también hablaría de fuerzas policiales que recurrieron a la corrupción como una forma de lo que Fernando Escalante califica como una forma de mediar entre lo que dictaba la ley, por una parte, y una realidad social difícil de contener, por la otra (Escalante Gonzalbo, 1989, pp. 338–339). Es decir, la corrupción representaba mucho más que una falta a las normas legales y morales, pues también se convirtió en un medio para gestionar un orden social a partir de otorgar ciertas libertades a cambio de favores u otros beneficios.

Conclusiones

En suma, la persistencia de actos de violencia, la venta de alcohol y cohetes durante las prohibiciones, así como el desorden, la portación de armas y los disparos al aire, fueron resistencias sociales de individuos que se aferraban a sus propias expresiones de patriotismo, y formas particulares de festejar la Independencia, incluso a pesar de si esto significaba transgredir las restricciones oficiales. Por otra parte, los robos y conductas de desorden y violencia cometidas al amparo del anonimato que otorgaba la multitud en el Zócalo, demuestran una apropiación del ritual celebratorio para convertirlo en espacio de manifestación de lo que podemos interpretar como el "discurso oculto" del que habla James Scott. Es decir, cometer comportamientos penados o "reprobables" que difícilmente podrían realizarse en otras situaciones en las que su identidad no estuviera oculta. Puesto en perspectiva histórica, se trataba de comportamientos que venían repitiéndose, al menos desde el Porfiriato, y aunque desde 1923 se reforzaron los mecanismos de vigilancia policial y prohibiciones para erradicarlos, fue hasta avanzada la década de 1930 que comenzaron a disminuir. Sin embargo, es debido precisar que disminuyeron en la celebración del Zócalo, no así en los festejos de las periferias de la ciudad donde siguieron ocurriendo. Si bien esto habla de cierto éxito en las estrategias de control social del gobierno, también revela la persistencia de las resistencias sociales y formas populares de expresar el patriotismo, puesto que hubo individuos que no dejaron de burlar normas y celebrar según su gusto, solo que para hacerlo tuvieron que replegarse a espacios alejados de la mirada policial. Asimismo, esto refleja un interés gubernamental enfocado principalmente en normar y disciplinar el espacio público del centro de la ciudad, en detrimento de las periferias.

En cuanto a los casos de fuerzas del orden encargadas de disciplinar la celebración, se demostró que algunas veces éstas también cometían los mismos en comportamientos penados que debían prevenir y combatir. El actuar de los cuerpos de vigilancia presentó inconsistencias entre sus deberes y su actuación, y una vez estando en la calle, las fuerzas policiales desarrollaron cierta autonomía para negociar y encontrar vías alternas para gestionar el orden.

Por todo lo anterior, lo aquí escrito abona a lo asentado por el posrevisionismo y su propuesta de entender la formación del Estado revolucionario como resultado de resistencias y negociaciones con las clases populares. En este caso quedó demostrado que, al menos en la capital del país, fue difícil y casi imposible legitimar al Estado y moldear un hombre nuevo desde el ritual conmemorativo más importante. Las resistencias sociales y la persistencia de formas populares de patriotismo fueron obstáculos difíciles de vencer por los gobiernos. Empero, esta conclusión no debe extrapolar a todo el territorio, ya que es necesario estudiar las distintas relaciones políticas y culturales que en cada región se han construido en torno a los festejos cívicos.

En lo que respecta a conclusiones de corte metodológico, esta investigación se suma a la historiografía que busca la autonomía que muchos individuos tienen a la hora de participar en conmemoraciones oficiales, así como las resistencias, negociaciones o apropiaciones que despliegan frente al uso político que el gobierno imprime sobre éstas. Se debe ampliar el enfoque de análisis y retomar lo que podría considerarse como una "historia social de las conmemoraciones" que contemple que la vida ritual de los Estados-nación va más allá de la manipulación gubernamental de la simbología nacionalista y asemeja más a un campo de disputas y negociaciones.

Finalmente, el artículo también se une a la propuesta de seguir estudiando las acciones policiales durante los festejos cívicos,[11] ya que a través de ello se pueden observar, por una parte, el despliegue de prohibiciones, vigilancia y estrategias de control social; y por la otra, las resistencias, desafíos y negociaciones sociales que enfrentan a las fuerzas del orden, toda vez que éstas conforman la parte del Estado que tiene que lidiar de manera directa con la población. Asimismo, el estudio de las fuerzas del orden en los rituales cívicos reflejaría la forma en que negocian el orden a través de prácticas como la corrupción. Esta es una veta de estudio pendiente por explorar para conocer más sobre cómo el Estado también recurre a la coerción y vigilancia en un afán de que el discurso nacionalista sea desplegado —e interiorizado— entre la sociedad.

[11]Un referente pionero en estos estudios es Moreno Elizondo (2015).

Referencias

Aréchiga Córdoba, E. (2005). «Dictadura sanitaria», educación y propaganda higiénica en el México revolucionario, 1917–1934. *Dynamis*, 25, 117–143.

Beezley, W. H., Martin, C. E., & French, W. E. (1994). Introduction: Constructing consent, inciting conflict. En W. H. Beezley, C. E. Martin, & W. E. French (Eds.), *Rituals of rule, rituals of resistance: Public celebrations and popular culture in Mexico* (pp. xiii–xxxii). Scholarly Resources.

Billig, M. (2014). *Nacionalismo banal*. Capitán Swing.

Burkholder, A. (2016). *La red de los espejos: Una historia del diario Excélsior, 1916–1976*. Fondo de Cultura Económica.

[Caricatura de dos hombres conversando sobre una agresión durante las fiestas patrias]. (1923, 16 de septiembre). *Excélsior*.

Centenares de niños presentados ayer en las oficinas del registro civil de México. (1921, 15 de septiembre). *Excélsior*, segunda sección, 1.

Chávez González, M. L. (2009). Construcción de la nación y el género desde el cuerpo: La educación física en el México postrevolucionario. *Desacatos*, (30), 43–58.

0 heridos graves y cuatro muertos la noche del día 15. (1924, 17 de septiembre). Excélsior, 1, 4.

Con motivo de las fiestas los rateros se aprovechan. (1921, 16 de septiembre). Excélsior, segunda sección, 1.5

Con sano entusiasmo se celebraron los días patrios en las delegaciones. (1929, 17 de septiembre). *El Nacional*, 5.

Continua el reparto de ropa a los menesterosos. (1921, 13 de septiembre). *El Demócrata*, 12.

4 muertos y varios heridos la noche del 15. (1930, 17 de septiembre). *Excélsior*, 1, 6.

Díaz Arciniega, V. (2010). *Querella por la cultura "revolucionaria" (1925)*. Fondo de Cultura Económica.

Disposiciones policiales en pro del orden. (1927, 13 de septiembre). *El Universal*, 1.

Distribuyese ropas y comidas a los pobres de esta capital. (1921, 11 de septiembre). *Excélsior*, segunda sección, 1.

El desfile militar del 16 será nota brillante. (1923, 13 de septiembre). *Excélsior*.

El pueblo en las fiestas [Caricatura]. (1921, 16 de septiembre). *Excélsior*.

El reparto de ropa a los pobres. (1921, 17 de septiembre). *Excélsior*, segunda sección, 6.

El reparto de ropa y alimentos siguió ayer en todos los puestos de policía. (1921, 13 de septiembre). *Excélsior*, segunda sección, 1.

El tradicional grito congregó enorme y entusiasta multitud. (1922, 16 de septiembre). Excélsior, 1

En Chapultepec fue muerta a tiros por un soldado la señorita Cedillo y Velasco. (1936, 18 de septiembre). Excélsior, segunda sección, 1, 12..

Enérgicas medidas para evitar haya escándalos. (1930, 13 de septiembre). El Universal, segunda sección, 1–2.

Escalante Gonzalbo, F. (1989). La corrupción política: Apuntes para un modelo teórico. *Foro Internacional, 30*(2), 328–345.

Escándalos a la hora del "grito". (1940, 18 de septiembre). *Excélsior*, segunda sección, 1.

Fiestas del Centenario. Domingo 11. (1921, 11 de septiembre). *El Universal*, 3.

Fiestas del Centenario. Miércoles 14. (1921, 14 de septiembre). *Excélsior*, segunda sección, 6.

Fox, J. E. (2014). National holiday commemorations: The view from below. En R. Tsang & E. T. Woods (Eds.), *The cultural politics of nationalism and nation-building: Ritual and performance in the forging of nations* (pp. 38–52). Routledge.

Fox, J. E., & Miller-Idriss, C. (2008). Everyday nationhood. *Ethnicities, 8*(4), 536–563. https://doi.org/10.1177/1468796808088925

French, W. E. (1999). Imagining and the cultural history of nineteenth-century Mexico. *Hispanic American Historical Review*, 79(2), 249–267. https://doi.org/10.1215/00182168-79.2.249

Fue menor que otros años el saldo de delincuencia en la noche del 15 en esta ciudad. (1927, 17 de septiembre). *El Universal*, 10, 12.

González Salinas, O. F. (2015). Fiesta cívica y culto al "Padre de la Patria" en el estado revolucionario, 1910–1940. *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, (93), 162–183. https://doi.org/10.18234/secuencia.v0i93.1275

Grandes fiestas deportivas para los 15 y 16. (1936, 16 de septiembre). *Excélsior*, 3.

Gutiérrez Chong, N. (2015). *El indigenismo del PAN y el festejo del bicentenario del Estado mexicano*. Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México; Bonilla Artigas Editores.

Hobsbawm, E. (2012). Introducción: La invención de la tradición. En E. Hobsbawm & T. Ranger (Eds.), *La invención de la tradición* (pp. 7–21). Crítica.

Hobsbawm, E. (2013). *Naciones y nacionalismos desde 1780*. Crítica.

Knight, A. (1994). Popular culture and the revolutionary state in Mexico, 1910–1940. *Hispanic American Historical Review, 74*(3), 393–444. https://doi.org/10.1215/00182168-74.3.393

Kolstø, P. (2006). National symbols as signs of unity and division. *Ethnic and Racial Studies*, 29(4),j676–701. https://doi.org/10.1080/01419870600665409

Kong, L., & Yeoh, B. S. A. (1997). The construction of national identity through the production of ritual and spectacle: An analysis of National Day parades in Singapore. *Political Geography*,j16(3),j213–239. https://doi.org/10.1016/0962-6298(95)00135-2

La vida en broma. Las fiestas patrias (1923, 16 de septiembre). *Excelsior*.

Lacy, E. C. (2011). The 1921 centennial celebration of Mexico's independence: State building and popular negotiation. En W. H. Beezley & D. E. Lorey (Eds.), *¡Viva Mexico! ¡Viva la Independencia! Celebrations of September 16* (pp. 199–232). Scholarly Resources.

Lempérière, A. (1995). Los dos centenarios de la Independencia mexicana (1910–1921): De la historia patria a la antropología cultural. *Historia Mexicana*, 45(2), 317–352.

Lorey, D. E. (2011). Postrevolutionary contexts for Independence Day: The "problem" of order and the invention of Revolution Day, 1920s–1940s. En W. H. Beezley & D. E. Lorey (Eds.), *¡Viva Mexico! ¡Viva la Independencia! Celebrations of September 16* (pp. 233–248). Scholarly Resources.

Los accidentes registrados la noche del 15. (1928, 17 de septiembre). *El Universal*, segunda sección, 1, 5.

Los deportistas conmemorarán las fiestas patrias. (1939, 15 de septiembre). *Excélsior*, 14.

Los disparos hechos la noche del grito causaron desgracias. (1921, 17 de septiembre). *Excélsior*, segunda sección, 1, 6.

Los juegos atléticos de ayer en el parque deportivo Unión. (1921, 14 de septiembre). Excélsior, segunda sección, 8.

Los mil y un robos de ayer. (1921, 16 de septiembre). El Universal, segunda sección, 2.

Martínez Assad, C. (2005). La patria en el Paseo de la Reforma. Universidad Nacional Autónoma de México; Fondo de Cultura Económica.

Moreno Elizondo, R. (2015). *El nacimiento de la tragedia: Criminalidad, desorden público y protesta popular en las fiestas de Independencia. Ciudad de México, 1887–1900*. Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.

Ningún saldo trágico tuvo en esta ocasión la noche del "grito". (1933, 17 de septiembre). *Excélsior*, 9.

No hubo delitos en la celebración del grito. (1932, 17 de septiembre). *Excélsior*, 1, 8.

No hubo un solo muerto durante la famosa noche del "Grito" en México. (1925, 17 de septiembre). *Excélsior*, 8.

O'Malley, I. V. (1986). *The myth of the revolution: Hero cults and the institutionalization of the Mexican state*. Greenwood Press.

Pasaron de sesenta los robos habidos el 15 y el 16. (1935, 18 de septiembre). *Excélsior*, segunda sección, 1, 6.

Pérez Vejo, T. (2010). Presentación. Los centenarios en Hispanoamérica: La historia como representación. *Historia Mexicana*, 60(1), 7–29. https://doi.org/10.2307/20788323

Pulido Esteva, D. (2014). *¡A su salud! Sociabilidades, libaciones y prácticas populares en la Ciudad de México a principios del siglo XX*. El Colegio de México.

Pulido Esteva, D. (2015). Los negocios de la policía en la Ciudad de México durante la posrevolución. Trashumante. Revista Americana de Historia Social, (6), 8–31. https://doi.org/10.17533/udea.trahs.n6a02

Pulido Esteva, D. (2017). Los gendarmes: Perfil social de la policía capitalina, 1900–1930. En M. Dávalos, R. Hernández Franyuti, & D. Pulido Esteva (Coords.), *Orden, policía y seguridad: Historia de las ciudades* (pp. 179–202). Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Recolección de pistolas. (1931, 17 de septiembre). *Excélsior*, segunda sección, 1, 8.

Saldo sangriento arrojó el "Grito". (1923, 17 de septiembre). *Excélsior*, 1, 6.

Scott, J. C. (1985). *Weapons of the weak: Everyday forms of peasant resistance*. Yale University Press.
Scott, J. C. (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia.* Era.

Se vendieron los boletos para el reparto de ropa. (1921, 12 de septiembre). *El Heraldo de México*, 7.

Sin embargo, hubo atracos en abundancia. (1939, 18 de septiembre). *Excélsior*, segunda sección, 1, 3.

Smith, A. D. (2014). The rites of nations: Elites, masses and the re-enactment of the "national past". En R. Tsang & E. T. Woods (Eds.), *The cultural politics of nationalism and nation-building: Ritual and performance in the forging of nations* (pp. 21–37). Routledge.

Tenorio Trillo, M. (2009). *Historia y celebración: México y sus centenarios*. Tusquets.

Tragedia al despedirse dos jóvenes. Ardor patriótico y exceso de copas. (1937, 18 de septiembre). Excélsior, segunda sección, 1, 7.

3 muertos y 18 heridos. (1922, 17 de septiembre). Excélsior, 1.

Un payo asaltado. (1921, 16 de septiembre). *Excélsior*.

Uzeta, J. (2006). Los usos de Hidalgo. *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, 27(106), 57–80.

Van Ginderachter, M. (2009a). Contesting national symbols: Belgian *belle époque* socialism between rejection and appropriation. *Social History*, 34(1), 55–73. https://doi.org/10.1080/03071020802628061

Van Ginderachter, M. (2009b). On the appropriation of national identity: Studying l*ieux de mémoire* from below. En B. Majerus, S. Kmec, M. Margue, & P. Péporté (Eds.), *Dépasser le cadre national des lieux de mémoire: Innovations méthodologiques, approches comparatives, lectures transnationales* (pp. 49–60). Peter Lang.

Vargas Álvarez, S. (2018). *Después del bicentenario: Políticas de la conmemoración, temporalidad y nación. Colombia y México*, 2010. Universidad del Rosario. https://doi.org/10.12804/th9789587840261

Whitmeyer, J. M. (2002). Elites and popular nationalism. *The British Journal of Sociology*, 53(3), 321–341. https://doi.org/10.1080/0007131022000000536